

con el fin de ir él personalmente á tratar con el santo obispo, el cual, sin salir de los límites del debido respeto, le habló con una libertad apostólica, é impuso silencio á un cortesano que tuvo la osadía de amenazarle en presencia del príncipe: esta conferencia no indispuso al emperador; cedió en beneficio del santo prelado, á quien le concedió tierras para fundar un hospital en Cesaréa; pero los arrianos que cercaban al emperador, le hicieron mudar muy pronto de resolucíon. Se habia determinado Valente á desterrar á San Basilio, cuando su hijo fué atacado de una violenta fiebre, á la cual los médicos no pudieron hallar algun remedio. Persuadido el emperador que esta enfermedad era un justo castigo por la resolucíon que habia tomado contra San Basilio, le mandó llamar: apenas el santo obispo habia entrado al palacio, cuando el jóven príncipe se sintió aliviado. El santo aseguró, que el enfermo recobraría enteramente la salud, siempre que se procurase imbuirlo en los principios de la doctrina católica. Habiéndose aceptado la condicíon, se puso en oracíon, y el niño quedó sano; pero el emperador, infiel á su palabra, permitió que un obispo arriano bautizase á su hijo, que atacado nuevamente de la enfermedad, murió poco despues. No convirtió con todo á Valente este golpe, y condenó por segunda vez al destierro al santo prelado; pero cuando quiso firmar el decreto, se le rompió por tres veces la pluma en las manos, y tembló en términos de no poder trazar ni una sola letra. Dios, por último, quiso ejercer su indignacíon sobre este príncipe impenitente, que pereció en una batalla en que desapareció su cadáver, sin que jamás se hubiese

podido hallar. Se cree que habiendo sido traspasado con una flecha, hizo que lo llevasen á una cabaña, la cual incendiaron sus enemigos.

VIRTUD DE SAN GREGORIO NACIANCENO.

SAN BASILIO estaba unido por una amistad muy estrecha con San Gregorio Nacianceno, que no tenia menos celo que él por la pureza de la fé. Esta amistad, contraída desde el tiempo en que ambos seguian sus estudios en Atenas, fué con el tiempo mas estrecha, y duró toda su vida. “Los dos, decia San Gregorio en la admirable relacion que hizo él mismo, de lo que habia dado lugar á esta santa amistad, los dos teniamos un mismo fin: la virtud, que “es nuestro tesoro, era el objeto de nuestra solícitud: procurábamos hacer eterna nuestra union, “preparándonos á el efecto á adquirir una feliz inmortalidad: recíprocamente nos enseñábamos, y “celábamos sobre nuestra conducta: nos exhortábamos á la piedad: no teníamos comercio alguno “con aquellos compañeros, cuyas costumbres eran “desarregladas, ni nos familiarizábamos mas que “con aquellos que por su modestia, su prudencia y “su sabiduría, podian sostenernos en la práctica “de la virtud, persuadidos de que los malos ejemplos son como los males contagiosos, que fácilmente se comunican: no conociamos en Atenas “mas que dos calles, la que conducia á la Iglesia,

“y aquella por donde pasábamos al estudio; y absolutamente ignorábamos las que se dirigian á las “fiestas del mundo, espectáculo y asambleas.” ¿Qué modelo mas precioso puede proporcionarse á los jóvenes, que la conducta de estos dos santos niños? Dichosos aquellos que en sus tiernos años no se forman relaciones de amistad, mas que para escitarse á la virtud, y que desde que en ellos amanece la luz de la razon, comprenden la vanidad de los placeres y entretenimientos del mundo! San Gregorio Nacianceno pasó la mayor parte de su vida en el retiro, en el cual ponía toda su delicia. Habiendo salido de él á instancias de su ilustre amigo, y elevado contra su voluntad al episcopado, se le confió el gobierno de la Iglesia de Constantinopla, ácia el año 379, para oponerse á los progresos del arrianismo, que dominaba en esta gran ciudad. Su virtud, su ciencia, su elocuencia, todo prometia los más felices sucesos. Tuvo el valor de atacar la herejía en el mismo palacio de los emperadores que la protegian: espuesto á toda suerte de malos tratamientos, no oponia á ellos mas que la paciencia: mostraba una gran dulzura y amor á todo el mundo, al mismo tiempo que tenia una vida áspera y mortificada, llorando en secreto y delante de Dios, y preparándose al ejercicio del santo ministerio con la oracion y la meditacion de las santas Escrituras. Esta conducta, verdaderamente episcopal, le granjeó en poco tiempo el afecto de los habitantes de Constantinopla. Estos primeros afectos de benevolencia, pasaron despues á ser de veneracion y respeto para con este hombre de tanta sabiduría y santidad. El profundo conocimiento que tenia de las

santas Escrituras; sus racionios tan urgentes y justos; su imaginacion fecunda y brillante; su facilidad increíble para espresarse; la fuerza y la precision de su estilo, le atrajeron la admiracion de toda la ciudad: defendia la verdad de una manera victoriosa, al mismo tiempo que edificaba con el ejemplo de sus virtudes; mas por otra parte, como era enemigo de adular y complacer á los grandes, y sus talentos escitaban la envidia, padeció amargas contradicciones, que le hicieron tomar el partido de retirarse. Se apresuró á volverse á su amada soledad, y allí gustó mas que nunca las dulzuras, como él mismo decia á uno de sus amigos: “Yo no puedo, dice, es-“timar, como es debido, el bien que mis enemigos “me han acarreado con su envidia.” Los discursos de este santo doctor hacen la mayor parte de los escritos que de él nos han quedado: nada hay mas sublime y magestuoso, ni tan digno de la grandeza de nuestros misterios, que estos discursos, por los cuales se ha dado á San Gregorio el sobrenombre de Teólogo por esencia.

HEREGIA DE LOS MACEDONIANOS.

LA muerte de Valente puso fin á los destrozos que el arrianismo, sostenido por la autoridad imperial, en el Oriente, causaba; pero del seno de esta herejía se levantó otra, que no era menos contraria al

dogma del augusto misterio de la Trinidad: esta atacaba la divinidad del Espíritu Santo. El autor de novedad tan escandalosa, era Macedonio, semi-arriano, que habia usurpado la silla episcopal de Constantinopla. Por espacio de muchos años se habia ocultado bajo la sombra del arrianismo, y no habia hecho un ruido particular en medio de las grandes turbulencias que los arrianos escitaban á los principios del reinado de Valente. San Atanasio, á quien nada se escapaba de cuanto interesaba á la fé, habia advertido este error, y compuso de intento un tratado para combatirlo. El santo doctor prueba en esta obra que la Iglesia ha creído y enseñado siempre que en Dios hay una Trinidad de personas, y que esta Trinidad no tiene mas que una sola naturaleza, que no hay mas que un solo Dios: demuestra con las santas Escrituras, que el Espíritu Santo es Dios, que lo que á él se atribuye no conviene mas que á Dios, como un ser santificador, vivificante, inmutable é inmenso: protesta al fin del tratado, que él nada dice, si no es lo que ha aprendido y sabe, que es la doctrina de los Apóstoles. Cuando los arrianos comenzaron á perder su reputacion, adquirieron crédito los macedonianos, é hicieron un papel independiente de los primeros: sus costumbres parecian arregladas; su exterior de mucha gravedad, y su vida austera. Como el pueblo se dejaba llevar fácilmente de esta aparente virtud, los macedonianos formaron una secta, y su partido se hizo considerable en la ciudad de Constantinopla. Esta nueva heregía se estendió tambien en la Trásia, en la Bitinia y en el Helesponto. El emperador Teodosio, sucesor de Valente, consagró los principios de

su gobierno por su celo en contener los progresos del error. Este príncipe, á quien sus bellas acciones, y mas particularmente su grande piedad y amor á la Iglesia, le merecieron justamente el sobrenombre de Grande, publicó poco tiempo despues de su bautismo, una célebre ley, en la cual designa la comunión con la Iglesia Romana, como una señal segura de catolicismo. “Queremos, dice, que todos los pueblos sujetos á nuestro mando, sigan la religion que enseñó el Príncipe de los Apóstoles á los romanos, y que en la actualidad nos sometamos á la obediencia del pontífice Dámaso; de modo, que segun la doctrina del Evangelio, y lo que nos han enseñado los Apóstoles, creamos en una sola divinidad de Padre, de Hijo y del Espíritu Santo, con una igual magestad, y en una Trinidad adorable. Ordenamos que á aquellos que tienen esta doctrina pura, se les dé el nombre de católicos; y los demas, cuya temeraria é insensata impiedad reprobamos, sean llamados con el ignominioso nombre de hereges; y que á sus assembleas no se les dé ni el honor ni el título de Iglesia, para que ellos vuelvan á sentir los efectos de la venganza divina.” En efecto, la fé católica es la que Jesucristo ha enseñado, la que los Apóstoles publicaron, y han conservado los santos padres: la Iglesia está fundada sobre esta fé: cualquiera que de ella se separa, no es católico: basta, pues, para confundir á todos los hereges, manifestarles que su doctrina no trae su origen de esta fuente, y que ella es nueva: la verdadera doctrina es mas antigua que las heregías: los Apóstoles han ecsistido antes que los autores de las sectas: la verdad ha precedido al

error: en una palabra, la doctrina verdaderamente divina es aquella que se recibió primero; y la que despues ha venido, es necesariamente falsa y estrangera.

(AÑO 381 DE JESUCRISTO.)

CONCILIO DE CONSTANTINOPLA GENERAL O ECUMENICO.

BIEN sabia Teodosio que una constitucion imperial no era bastante para conciliar á todos los espíritus y reunirlos á la sana doctrina. Desde su advenimiento al trono habia concebido el designio de juntar un concilio de todo su dominio, á ejemplo del gran Constantino; mas para ponerlo en ejecucion, esperó hallarse mas tranquilo. Escribió entonces á todos los obispos de Oriente para invitarlos á que se reuniesen en Constantinopla, ciudad que habia escogido para lugar de la asamblea, porque él mismo queria asistir á ella. Se dieron las órdenes convenientes para la subsistencia y alojamientos de los obispos, y Teodosio no se manifestó con menos magnificencia que lo que se habia mostrado Constantino para con los padres de Nicéa. Ocurrieron los obispos de todas las partes del Oriente, en número de ciento y cincuenta. Melecio, obispo de Antioquia, debia presidir esta augusta asamblea. Tenia muchos deseos el emperador de conocerlo, tanto por la reputacion de santidad que este prelado habia ad-

quirido, quanto por motivo de un sueño en que al principe se le habia representado, ofreciéndole con una mano la púrpura, y con otra la corona. Teodosio le habia honrado siempre, particularmente despues de este sueño, aunque jamás le habia visto personalmente. Luego que los obispos llegaron, fueron todos reunidos á saludar al emperador, quien queriendo probar si reconocia entre los demas á Melecio, impidió el que se le mostrase: como las facciones del anciano que se le habia aparecido, se le habian quedado profundamente impresas en su espíritu, lo distinguió entre todos: corrió á él y le abrazó con una prontitud mezclada de respeto y de ternura, y le besó la mano que antes le habia coronado. Pidió despues á todos los obispos el que escogitasen los mejores medios para dar la paz á la Iglesia, y les prometió sostenerlos con toda su autoridad. La apertura del concilio se hizo con toda solemnidad: se procuró primero disuadir á los macedonianos: el mismo Teodosio les exhortó á que nuevamente entrasen á la fé y comunión de la Iglesia; pero ellos lo rehusaron obstinadamente, y se retiraron del concilio, el cual entonces los trató como á declarados hereges. Renovaron los padres los decretos del concilio de Nicéa, y confirmando al efecto el símbolo de este concilio, se añadieron solamente algunas palabras para explicar lo que él contenia, ya tocante á la Encarnación del Hijo de Dios, ya á la divinidad del Espíritu Santo. “Este símbolo, hablando de la Encarnacion, decia, únicamente descendió de los cielos; encarnó y se hizo hombre; padeció y resucitó, al tercero dia; subió á los cielos y vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos.”

El símbolo de Constantinopla dice: "Bajó de los cielos; encarnó por obra del Espíritu Santo, de la Virgen María; se hizo hombre; padeció y murió; fué sepultado; resucitó al tercero día, según las santas Escrituras; subió á los cielos, y está sentado á la diestra del Padre; que vendrá nuevamente con magestad á juzgar á los vivos y á los muertos, y que su reino no tendrá fin." Por lo que toca á la tercera persona de la Santísima Trinidad, el símbolo de Nicéa no espresaba el dogma mas que con estas palabras: "Creemos en el Espíritu Santo." El de Constantinopla añade, por causa de los macedonianos: "Creemos en el Espíritu Santo, que es asimismo Señor vivificante, ó que confiere la vida; que procede del Padre; que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado; que habló por los profetas." El emperador Teodosio recibió esta decision como pronunciada por la boca del mismo Dios: ordenó por ley la ejecucion de todo lo que se habia arreglado en el concilio. Aunque esta asamblea no se formó mas que con los obispos del Oriente, la aprobacion que el papa y los obispos de Occidente le dieron despues, hizo que este concilio se reconociese por ecuménico ó universal.

(AÑO 387 DE JESUCRISTO.)

CLEMENCIA DE TEODOSIO.

ERA Teodosio naturalmente vivo y pronto á irritarse; pero se dejaba apaciguar; y la piedad que le

animaba, ponía freno á su cólera. Sucedió en la ciudad de Antioquia una grande sedicion, por motivo de una pension nuevamente establecida. El pueblo, en medio de su furor, derribó y arrastró por las calles las estatuas del emperador y de la emperatriz. Informado Teodosio de este atentado, se arrebató de una violenta cólera, y en su primer movimiento queria destruir la ciudad, y sepultar á sus habitantes bajo de sus ruinas: entrando despues en mas moderados sentimientos, nombró dos comisarios para que en forma procediesen contra los culpados, con facultad de quitarles ó concederles la vida. Entre tanto, el pueblo de Antioquia, reflexionando sobre sí mismo, sintió la enorme gravedad de su crimen, y temblaba, aguardando el castigo: consternados los habitantes, no se atrevian á salir de sus casas, y á cada momento esperaban la muerte con un continuo sobresalto. Flaviano, obispo de Antioquia, se hallaba sumergido en el dolor mas amargo: sentia su corazón atormentado: pasaba los dias y las noches llorando delante de Dios, pidiéndole que ablandase el corazón del príncipe. Al fin este anciano, mas venerable entonces por su santidad, que por sus años, fué á presentarse al emperador para pedirle que perdonase á su pueblo. Luego que compareció delante de Teodosio, se contuvo primero, retirado á alguna distancia de él, con los ojos bajos ácia la tierra, como si él solo llevase sobre sí el crimen de sus hijos. El emperador, viéndolo suspenso y confuso, se le acercó, y recordándole todos los beneficios de que habia colmado á la ciudad de Antioquia, añadía á cada una de sus cláusulas: "¿Y es posible que en recompensa de estos

“beneficios, haya merecido tantos ultrajes.”? Penetrado Flaviano de tan justas reconvenciones, y echando un profundo suspiro, ¡oh príncipe! le dijo, merecemos á la verdad todos los suplicios: destruiréis á Antioquía desde sus cimientos; la reduciréis á cenizas, y no seremos con esto bastante castigados: queda entre tanto un remedio á nuestros males: podéis imitar la bondad de Dios, ultrajado por sus criaturas: su bondad soberana les concedió el perdón y les abrió los cielos: si vos nos perdonais, á vos seremos deudores de nuestra salud; pero vuestra clemencia añadirá un nuevo esplendor á vuestra gloria: los infieles esclamarán, ¡cuán grande es el Dios de los cristianos! Él hace á los hombres superiores á la naturaleza, y los transforma en ángeles! No temais que la impunidad corrompa á las demás ciudades: ¡ay de mí! nuestra suerte no puede hacer mas que asombrarlas: la consternacion de que estamos penetrados, es el mas cruel de los suplicios: no os avergonceis de condescender con un débil anciano; esto será condescender con el mismo Dios: él es quien me envia á haceros presente el Evangelio, y á deciros de parte suya: “Si no perdonais las ofensas cometidas contra vos, el Padre celestial no os perdonará las vuestras.” Representaos aquel día terrible en que los reyes y los vasallos comparecerán ante el tribunal de la justicia suprema, y reflexionad que todas vuestras faltas serán entonces perdonadas, en vista del perdón que vos hubiéreis concedido. Teodosio se enterneció, y le respondió llorando: ¿Podré yo acaso negar el perdón á unos hombres que son mis semejantes, despues que el Señor del mundo, reducido por nosotros á la condicion de

esclavo, se dignó pedir á su Padre que perdonase á los autores de su suplicio, á quienes habia llenado de beneficios? Despues mandó al santo obispo que volviese á su pueblo: id, le dijo, id, padre mio: mostraos con presteza á vuestro rebaño: restituid la tranquilidad á la ciudad de Antioquía: ella no estará perfectamente segura despues de una tempestad tan violenta, sino cuando vuelva á ver á su piloto.

Adicion.—A pesar de toda la aversion de Teodosio á las novedades impías, apareció por este tiempo una nueva secta de las mas corrompidas, y su cuna fué la misma patria del emperador. Un cierto Marcos de Menfis trajo los delirios de los maniqueos, de Egipto á España, donde tuvo por primeros discípulos á una muger llamada Agape, y al retórico Elpidio. Estos prosélitos hicieron otro en la persona de Prisciliano, cuyo nombre tomó la secta. Este era distinguido por su nacimiento y sus riquezas; de un carácter afable con que cautivaba, hablando con mucha gracia y facilidad: era laborioso, paciente, frugal y desinteresado; aunque por otra parte tenia un génio ardiente, ligero y poco sólido; corrompido desde mucho tiempo antes, con estudios sospechosos, y aun segun se decia, con el ejercicio de la magia. Sostenidos tan perniciosos principios por un exterior modesto, se vió en breve seguido de una multitud de personas del pueblo, de todo sexo y estados; de manera, que estos errores derramaron su contagio con una rapidez prodigiosa, é inficionaron á algunos obispos y hombres distinguidos.

Estos fanáticos se juntaban de noche, sin respeto á la decencia, hombres y mugeres, preocupados de que la oracion les servia de todo, de cualquier manera que la hiciesen: oraban muchas veces desnudos, sin cuidar de refrenar las pasiones, que los arrastraban á acciones indignas, que no permite referir el pudor; pero todas estas reüniones se tenian en secreto; y la máxima mas sagrada de la secta, era negar siempre y no revelar jamás el secreto, por mas mentiras y perjuros que fuesen necesarios para sostener la reserva; lo que esplicaban en este verso.

Jura, perjura, secretum prodere noli.

Sin embargo, no pudieron ocultar tanto estos horrores, que no llegasen á noticia de Higinio, obispo de Córdoba, el cual, ayudado de Hidasio, obispo de Mérida, procuró destruir la secta; pero el carác-

ter de ambos, enteramente diverso; fué un obstáculo que les impidió remediar tales desórdenes, y hasta despues de la muerte de Teodosio, imperando Mácsimo, fué Prisciliano condenado á muerte con sus sectarios, despues de haber sufrido el tormento.

No dejaron de producirse nuevamente los errores que ya antes de los priscilianistas habian afligido á la Iglesia. Desde el año 307 sostenia pertinazmente Apolinar, que Jesucristo no tenia una alma humana, y que su cuerpo era celestial.

Los anti-dicomarianitas, enemigos de Ntra. Sra. la Virgen Maria, siguieron este error. En el año 380, los cristianos miraban á la Madre de Dios como una divinidad; y conformes con la doctrina de Apolinar, erraban tambien acerca de la carne de nuestro Salvador, diciendo que su cuerpo habia bajado del cielo, y por consiguiente, que era de otra naturaleza que los nuestros, y que se habia aniquilado ó disuelto despues de su resurreccion; de suerte, que Jesus, segun ellos, mas habia sido hombre en apariencia, que en realidad. Apolinar fué condenado con su nombre en un concilio celebrado en Roma, cuatro años antes del de Constantinopla.

(AÑO 389 DE JESUCRISTO.)

CAIDA Y PENITENCIA DE TEODOSIO.

OLVIDÓ Teodosio algun tiempo despues la moderacion con que se habia portado en el acontecimiento de Antioquia, y se dejó llevar de los primeros transportes de su cólera. La ciudad de Tesalónica, capital de la Iliria, se habia revelado contra su gobernador, el cual perdió la vida en esta sedicion. La noticia de la sublevacion llenó de indignacion al emperador, quien al punto dió orden de que pasasen á cuchillo á los habitantes de la ciudad, sin distincion alguna de inocentes y culpados: perecie-

ron en esta vez siete mil hombres. Se hallaba entonces Teodosio en Milán: S. Ambrosio, obispo de esta ciudad, escribió al emperador para hacerle presente la gravedad de su culpa, y obligarle á que volviese sobre sí mismo; concluye advirtiéndole, que hasta que no la hubiese expiado por la penitencia, no debia asistir á los santos misterios. Teodosio no dejó por esto de dirigirse ácia la Iglesia; pero el santo obispo fué á encontrarle, y le dijo: Deteneos, ¡oh príncipe! vos no conoceis, sin duda, la enormidad de vuestro pecado: haced reflexion sobre él. ¿Con qué ojos podreis ver el templo santo? ¿Cómo entrareis al santuario de un Dios terrible? ¿Tendreis valor para estender una mano manchada todavia con la sangre inocente, para recibir el cuerpo de Jesucristo? Retiraos, ¡oh príncipe! y no querais añadir un sacrilegio á tantos homicidios. Como el emperador quisiese excusar su culpa con el ejemplo de David, reo en otro tiempo de un adulterio y un homicidio: si vos, le respondió San Ambrosio, le habeis imitado en su pecado, imitadle tambien en su penitencia. Recibió Teodosio esta sentencia como de la boca del mismo Dios. Volvió á su palacio, suspirando, y permaneció allí encerrado por el espacio de ocho meses. Al acercarse la festividad del nacimiento del Señor, sintió que su dolor se aumentaba: ¿qué, decia, el templo del Señor está abierto al último y mas pequeño de mis vasallos, y para mí se han cerrado sus puertas? Él entonces fué, no á la misma Iglesia, sino á una sala inmediata á ella, donde pidió al santo obispo que le absolviese. Ambrosio le representó que no podia asistir á los santos misterios hasta que se some-